

destruir la desigualdad. También produce revoluciones la falta y la debilidad de la clase média.

» En la democracia las revoluciones nacen principalmente de la turbulencia de los demagogos. La concentración de poderes en una mano sola ocasiona igualmente disturbios. En las oligarquías la opresión de las clases inferiores ó la desmesurada ambición de un oligarca producen cambios. Los excesos de los oligarcas, que malversan sus patrimonios, la necesidad de emplear fuerzas mercenarias ó de confiar el mando de los ejércitos á un jefe que no sea de su partido, las divisiones de ellos entre sí, los matrimonios y los procesos son asimismo causas de revoluciones.

» En las aristocracias puede nacer la revolución primeramente de desempeñar los cargos públicos un escaso número de personas, pues que la aristocracia es una especie de oligarquía. La extremada miseria de los unos y la excesiva opulencia de los otros, consecuencia ordinaria de la guerra, ocasionan revueltas. Añade á estas causas la infracción del derecho político reconocido por la constitución. Las formas democráticas son más sólidas que las demás, porque la mayoría domina y la igualdad que se disfruta hace amar la constitución que la proporciona. Las revoluciones se verifican por lo común en las aristocracias de un modo insensible y por causas insignificantes. Al principio se altera un punto de la constitución que no tiene consecuencias, después se llega con más facilidad á cambiar otro más grave, y así se procede hasta mudar del todo el principio de gobierno.

» Por último, los Estados se hallan expuestos á revoluciones cuando confinan con otro constituido según un principio opuesto al suyo, ó cuando un Estado enemigo, aunque se halle distante, posea un gran poder. De aquí nació la lucha entre Atenas y Esparta; la primera quería abolir las oligarquías y la segunda las constituciones democráticas.

» Ahora bien, ¿cuáles son los medios de conservación de los Estados? El conocimiento de las causas que los agitan, suministra el de los medios de conservarlos. Ante todas cosas es menester no faltar á la ley, porque la ilegalidad mina sordamente el Estado. En segundo lugar no conviene fiarse de los artificios políticos que se emplean contra el pueblo y tanto reprueba la experiencia. La breve duración de los cargos es un medio de evitar en las aristocracias y en las oligarquías el dominio de las minorías violentas. Un poderoso medio de conservación política es la variación del censo, el que conviene mantener siempre al nivel de la riqueza pública, alzándole ó reduciéndole, según que esta se aumenta ó disminuye. También es necesario impedir que se eleve en el Estado una superioridad monstruosa. La magistratura debe vigilar á aquellos cuya vida no se conforma con la constitución; si es en la democracia, en

el principio democrático, y si en la oligarquía, en el oligárquico (1). Asimismo se debe impedir que los cargos públicos pongan ricos á los que los desempeñan, porque los ciudadanos se irritan cuando llegan á pensar que los magistrados roban el dinero del público, y en este caso tienen mucha razón para lamentarse viendo que están privados de llegar al poder y del provecho que este trae consigo. En las democracias es menester no permitir á los ricos hacer grandes gastos en favor del pueblo; más no así en las oligarquías.

» Procúrese robustecer á los ciudadanos que quieren conservar la constitución, y debilitar á aquellos que apetezen su decadencia. Conviene además observar modo y medida en todo. Muchas instituciones en apariencia oligárquicas ó democráticas arruinan en realidad las oligarquías y democracias. Muchas veces se cree haber hallado el único principio de la verdad política, y se lleva ciegamente todo al exceso: exageración que pervierte la constitución y al fin la destruye. En las democracias es menester mirar por el interés de los ricos y en las oligarquías por el del pueblo.

» Aquí vuelve Aristóteles á hablar de la educación, manifestando toda su importancia, y añadiendo que solo un ciudadano que carezca de ella basta para hacer creer que el Estado la descuida.

» ¿Y cuáles son las causas de las revoluciones y de la ruina, de la estabilidad y de la conservación de las monarquías? Entre rey y tirano hay gran diferencia: al primero le eligen las clases distinguidas, á las que debe defender contra el pueblo; más el segundo le nombra la multitud para oponerle á los ciudadanos poderosos cuya opresión debe estorbar con energía. El fin del tirano son los placeres; el del rey la virtud. La tiranía está llena de deseos insaciables, de desconfianza y de envidia. Las monarquías abriga dentro de sí las mismas causas de revolución que las repúblicas: las pasiones, el temor y el desprecio que inspira el soberano, como Sardanápalo que fué muerto porque se ocupaba en hilar; el amor de la gloria, como sucedió en tiempo de Dion, y las agresiones de un Estado regido por un principio contrario son causas de revoluciones en las tiranías. El rey no tiene que temer peligros exteriores, lo que garantiza su conservación; pero tiene dos interiores, que son la traición y la inclinación al despotismo. Á estas causas debe agregarse una muy especial de su ruina, y es que la mayor parte de los reyes hereditarios se hacen muy pronto despreciables, y nunca se les perdona el exceso de poder. El rey no puede conservarse sino con la moderación; por eso duró tanto la monarquía entre los Molosos; en Esparta la sostuvieron sus leyes y el estar dividida entre dos.

» La tiranía se conserva con medios detesta-

(1) Idea de la censura romana.

bles, empleando el espionaje, las discordias y la calumnia y ocupando al pueblo en trabajos colosales y penosos, como fueron las pirámides de Egipto, los monumentos sagrados de los Cipselidas, el templo de Júpiter Olímpico de los Pisistrátidas y las obras de Policrates en Sámos. También la guerra es un medio de ocupar la actividad de los súbditos, y además les impone la necesidad constante de un jefe militar. La desconfianza recíproca de los ciudadanos, el debilitarlos y el degradarlos, constituyen una parte de la política de los tiranos.

» El tirano para consolidar su poder puede obrar como un verdadero rey, y esta hipocresía puede hacerle durar. Embellezca el Estado, como si fuese su inspector y no su amo; ostente una piedad ejemplar; observe una justicia extremada en la distribución de las recompensas; evite el fomentar los resentimientos; guarde moderación en toda su conducta, en suma, muéstrase virtuoso en un todo, ó á lo ménos en gran parte, y nunca vicioso, ó no tanto como lo sean otros. La tiranía más larga fué la de Ortogoras y sus descendientes en Sicione, la cual duró cien años; después la de los Cipselidas en Corinto, que se conservó durante setenta y tres y medio; en seguida la de los Pisistrátidas en Atenas, aunque con intervalos, y últimamente la de Hieron y Gelon en Siracusa.

» Después de esta magnífica doctrina ¿podía Aristóteles privarse del placer de manifestar su superioridad sobre Platon? Al gran cuadro político que él presenta, opone la estéril oscuridad del sistema de los números, clave de las revoluciones para Platon, y parece que se complace en coronar su obra con la debilidad del émulo.

» Y bien se le puede perdonar á Aristóteles el orgullo que manifestó al escribir las últimas palabras de su *Política*. Se había elevado con el pensamiento á lo más sublime de las cosas humanas y de la historia conocida hasta entonces, y había hecho pasar ante su vista las instituciones y los hombres, mejor comprendidos desde que se establecieron las sociedades. El mundo moral le era tan familiar como el natural, y había puesto los tesoros de su genio bajo la salvaguardia de una justicia incorruptible. Aristóteles se mantuvo tan independiente del pueblo de Atenas como del rey de Macedonia, y no fué partidario de la democracia ni de la monarquía. Su nacimiento y las circunstancias de su vida le preservaron extremadamente de todo compromiso y de toda preocupación, habiendo sabido usar con nobleza de esta preciosa libertad para decir la verdad, tanto á los pueblos como á los reyes; al tirano como al demagogo. No aduló á la multitud, aunque puso en claro los bienes y los derechos de la democracia: es justo con los reyes y con los ingenios sublimes y reconoce el buen sentido del pueblo. ¿Qué deseos, qué pasiones pueden mancillar la integridad de sus juicios? Le hace feliz su pen-

samiento, al que reconoce por único dueño, por guía y por divinidad. Solo se afana por la verdad de las cosas, escribe siempre guiado de su recta razón y no se cuida de si Atenas le encuentra muy monárquico, ó la Macedonia demasiado democrático.

» Con esta probidad inalterable, con su energía y su ingenio se adquirió Aristóteles la inmortalidad. Su libro es aun hoy moderno, y se podrían repartir sus fragmentos entre las naciones actuales para que les sirvieran de lecciones vivas. Este filósofo que en su *Política* distinguió la razón práctica de la especulativa, es práctico por excelencia porque es en extremo teórico; es real ó imparcial, escribe para todos, no tiene la obstinación aristócrata de Platon, ni dice: « Dios no reparte sus dones ya á unas » almas, ya á otras, sino siempre á las mismas: » cree en el poder del entendimiento que se difunde por medio de la educación en todos los ánimos y en todas las clases; en fin, podemos invitar á que le lean á los ricos y á los pobres, á los débiles y á los fuertes, y á los pueblos y á los reyes (1). »

LERMINIER.

§ 14. POÉTICA DE ARISTÓTELES.

No sería completa la enciclopedia de Aristóteles si no terminase con su *Poética* el estudio del pensamiento humano. Este filósofo coloca en lo más elevado de la ciencia la *Metafísica* que trata del ente y de los primeros principios: con las *Categorías* y con el *Tratado del Lenguaje* nos conduce á los *Analíticos*, ó demostración de la verdad por medio del silogismo: y así como el dialéctico pretende hacer pasar por verdadero lo que solo es verosímil (en cuyo caso se llama sofista), Aristóteles en sus *Refutaciones* nos muestra los principales medios de deshacer estos sofismas. Hasta aquí no se trata más que de procedimientos racionales; todas las frases analizadas se reducen á proposiciones-juicios, proposiciones á las que nuestros idiomas clásicos dedican el modo indicativo de los verbos. Pero si la proposición incluye un deseo, una orden ó una condición; si la idea que expresa no es un concepto absoluto sino contingente, en el que están unidos el sentimiento y la pasión, lo que al hablar se enuncia con modos diferentes del indicativo, entonces la proposición no pertenece á la lógica. La palabra que persuade, no por medio del razonamiento solo, sino también de la emoción y de la pintura de las costumbres, es la elegancia. El orador en las asambleas y en la tribuna es lo que el dialéctico en las discusiones de la escuela. *La Retórica es el paralelo de la Dialéctica*, y como tal se coloca inmediatamente después de esta. Á continuación de la elocuencia vendrá la poesía, la cual

(1) La *Política* de Aristóteles ha sido traducida hace poco al francés por Barthelemy Saint-Hilaire.

no es mas que una manera de instruir los ánimos deleitándolos, por lo que deberá cerrar el círculo de las teorías que comprenden todas las facultades racionales y creadoras del espíritu humano. Por consiguiente para completar el estudio del hombre, no quedará mas que analizar su vida moral, sus deberes para con la familia y el Estado, objetos de la *Ética* de la *Economía* y de la *Política* (1).

Platon, aun cuando aparece tan eminente poeta en sus composiciones, ya por sus conceptos, ya por su forma, se sabe que fué enemigo de la poesía. Pero no lo era como metafísico, y cuando consideró las artes liberales en sí mismas, tuvo á la poesía por la mas noble de todas ellas. Entónces no atribuyó su origen al gusto natural del hombre por el ritmo y por la melodía y al instinto de imitación (2), sino que estableció el bello ideal como objeto y dominio de las bellas artes (3); reconoció que el placer de los hombres virtuosos debe ser el fin á que aspiren (4), y la piedra de toque de su feliz éxito pintó de un modo animado el noble entusiasmo de la inspiración poética, é hizo sentir la necesidad de combinar la naturaleza y el entusiasmo para revestir de un carácter verdadero lo ideal del poeta (5).

Es fácil ver por esto cómo se adelantó á Aristóteles, y cómo le precedió en considerar el terror y la piedad como los principales medios de la tragedia. Pero en tanto que Platon pone á la tragedia el defecto de alimentar é inflamar las pasiones, Aristóteles la elogia porque contribuye á dulcificarlas y mejorarlas. Del *Gorgias* de Platon dedujo nuestro filósofo que la esencia del arte poética depende de la imitación, que se confunde con ella y que la forma métrica es un accesorio, que no solo cree accidental, sino necesario. Y cuando Aristóteles celebra el genio dramático de Homero, y halla en los poemas de este el germen de la tragedia griega, sigue también á Platon, el cual da á dicho poeta el título de príncipe de la tragedia en el *Teetes*.

Mas cuando el fundador de la academia formó su utopia, no miró las artes sino segun su fin y su efecto, y pospuso el gusto á la moral. Tal vez penetrado de la grande influencia de la poesía sobre los Griegos aconsejó al legislador que no cediese á las bellezas de esta, y con un rigor contrario á sus inclinaciones quiso desterrar como inútil todo placer, en tanto que él mismo habia reconocido su utilidad. Con este motivo declaró dignos de desprecio y de castigo á Aristófanes y los demas cómicos; zahirió con su poderosa ironía en el *Jon* á los adoradores de las musas; caracterizó de frívolas y vulgares las conferencias sobre poesía en el *Protágoras*;

(1) Véase *Edinburgh Review*, setiembre de 1831, y E. EZZER, *Ensayo sobre la historia de la Crítica entre los Griegos, seguido de la poética de Aristóteles*, etc. Paris, 1849.

(2) PLAT., *Leyes*, II; *Rep.*, III; ARIST., *Poética*, I, 4, etc.

(3) PLAT., *Rep.*, V, VI; ARIST., *Poética*, 2.

(4) *Hipias Mayor*, y *Leyes*, II.

(5) *Pedro*, *Jon*, *Apol.*, *Criton*.

juzgó á los poetas buenos tan solo para halagar los oídos de un auditorio ignorante; tuvo la mitología épica y las descripciones de las batallas y heridas de los dioses y los héroes por absurdos peligrosos (1); dijo que la poesía era una mala imitación de asuntos mal elegidos, y por último, censuró su falta de verdad. Estas aserciones demuestran á qué absurdos especulativos puede conducir un error moral: en virtud de él Platon considerando los objetos fenomenales como puras copias de mónadas primitivas, mira la poesía como copia de estas copias, sombra de sombras, y por consiguiente como falsa y sin realidad. Mas este hombre que desterraba á Homero de su república, establecía despues en ella la comunidad de mujeres.

Semejantes utopias excitaron las refutaciones de Aristóteles, el cual con un juicio sano, con una moral razonable y con una prudente aplicación de las reglas filosóficas á las producciones del ingenio, critica á su maestro sin aspereza, y toma de él los principios que encuentra justos y fecundos en cuanto á las fuentes y esencia de las bellas artes. Aristóteles hizo además un estudio atento y vasto de las mejores producciones que existían entónces, principalmente de los poetas épicos y dramáticos, y puso en armonía las reglas del arte que tomó de ellos con los preceptos del gusto natural de un modo tan acertado, que con dificultad se distingue lo que dedujo de ellos por inducción de lo que sacó de sus propias meditaciones.

Desgraciadamente las obras críticas de Aristóteles han sufrido mas que las otras: principalmente de la *Poética* no nos quedan mas que fragmentos inconexos, confusos y oscuros, sea por la especialidad del estilo frio y árido del autor, ó sea por la extremada concisión con que compendia noticias muy variadas y ya perdidas: por esto los comentadores no han conseguido aun formar de ella un concepto satisfactorio. Sin embargo, el que la medite desde un punto mas elevado que el que eligieron los retóricos, hallará que el estudio principal que en ella se hace es el de la poesía dramática, verdadera soberana entónces en Atenas, donde adquirió una importancia nacional, como sucede siempre en los pueblos de ingenio vivo y de imaginación fecunda. Aquel gusto universal mediante el cual eran alabadas ó desaprobadas las composiciones dramáticas y las unas preferidas á las otras, fué reducido á reglas por Aristóteles, quien sentó por base la naturaleza humana, y aplicando las leyes que indicamos arriba, compuso aquel código que contiene los fundamentos de la crítica universal. Acerca de estos han disputado continuamente los críticos posteriores; pero aunque se desvian de las preocupaciones, y aunque á veces lleguen á conclusiones enteramente opuestas, deben ser conocidos de todo el que se dedique al estudio de lo bello.

(7) Véase el *Gorgias*, el *Teetes* y la *República*, lib. II y III

Pero reducir la poesía á la imitación y al gusto natural del hombre por el ritmo es empequeñecerla, toda vez que no se le una la facultad creadora que realiza lo bello con los medios del arte. Los varios géneros de poesía no se sucedieron históricamente entre los Griegos segun el orden simétrico que sienta Aristóteles. Hacer de Homero un poeta épico docto, reflexivo, tan completo como él se le figura y diferente de los que le siguieron tan solo en virtud de una inteligencia mas profunda del fin y de los medios de su arte, y por una habilidad mas consumada, repugna mucho á la crítica moderna, que le ve colocado en condiciones bien diversas, y tales que no se pueden confundir las epopeyas primitivas é ingenuas con las artificiales de los poetas civilizados é instruidos. Y aun limitándonos al teatro, que es el fin principal, es difícil admitir como solos elementos de la impresión trágica el terror y la piedad, debiéndose añadir la sorpresa; tan cierto es que el mismo Aristóteles en la *Política* pone el entusiasmo entre las pasiones que purifican, es decir, alivian y elevan el alma. Á las reglas que él señala á la tragedia se acomodan mal las de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y no se puede llamar completo el tratado en que no se hable de aquella forma primitiva, que con el nombre de *trilogía* ó *tetralogía* hacia seguir á la tragedia una marcha semejante á la de la epopeya, ni de la desgracia que constituye su principal fundamento, ni de las pasiones que disputan á la desgracia el fin de la acción. De la comedia apenas nos da la definición, ni nos hace conocer aquella tragedia jocosa (1), que empleando la intervención del antiguo coro de los sátiros, hacia volver las representaciones dramáticas al espíritu báquico de su origen, mezclando lo serio con lo burlesco.

Si, pues, la *Poética* de Aristóteles no es apócrifa y si no es solo el compendio de una obra mas larga, es menester colocarla entre los escritos *esotéricos* que estaban reservados á algunos discípulos escogidos é instruidos anteriormente, de modo que podían contentarse con unos cuantos apuntes, ó creerla destinada á que su autor hiciese sobre ella las explicaciones orales que eran indispensables.

Aristóteles, aunque no se dejaba llevar de la admiración, ni de las emociones, sin embargo era sensible, así como algunos que bajo un exterior adusto ocultan un corazón afectuoso. Considera la poesía en un sentido abstracto y prescribe que se domine la imaginación todo lo que se pueda. Pero se equivocan los que consideran á Aristóteles (y son los mas) como el enemigo del genio y como el apoyo de la tímida medianía. Todos los críticos griegos poseen aquella exacta observación de los principios naturales, aquel método de inducción y aquel análisis práctico que es propio de su filosofía, el cual aplicado á lo bello adquiere un carácter

(1) *Ἡλδοῦσα τραγωδία*. DEM. FALER., *De la eloc.*, § 169.

especial, ilumina realmente el espíritu: y sirve para exponer con lucidez las ricas adquisiciones de la propia experiencia, mas bien que para apoyar con raciocinios una opinión, ó para imaginar nuevas teorías, como acostumbran los modernos. Aristóteles, estando tan versado en la ciencia del espíritu humano, debía dar buenas reglas para las composiciones poéticas, por poco aficionado que fuese á la poesía. Por lo demas, se le ha juzgado generalmente de un modo tan arbitrario que continuamente le oímos citar como defensor de las famosas unidades dramáticas, siendo así que consta de multitud de ejemplos que estas eran desconocidas de los poetas griegos; es verdad que Aristóteles habla de la unidad del asunto, mas de la de lugar no dice una palabra, y acerca de la de tiempo solo se trata una vez, y la toma en un sentido enteramente contrario al que se le atribuye. ¿Es posible que un hombre tan grande, un pensador tan juicioso no conociese las licencias que deben concederse al genio?

Á este lugar pertenece igualmente la *Retórica* de Aristóteles, libro que mucho se ha citado, y que es muy poco conocido. Se ha publicado una excelente traducción francesa con el texto enfrente, y con notas filológicas y literarias, por Norberto Bonafoux. (Paris. Durand, 1856.) Puede considerarse como su complemento la *Teoría de los lugares comunes* en los *Tópicos de Aristóteles*, traducida también por Eugenio Thionville. (*Ibid.*)

§ 15. LÓGICA DE ARISTÓTELES.

La lógica de Aristóteles ofreció al Instituto de Francia asunto para el concurso de 1837, en el cual fué premiada la obra que despues se imprimió de Barthélemy Saint-Hilaire, titulada: *De la lógica de Aristóteles*, 2 tomos.

Pedia la ilustre Academia:

1º Que se discutiese la autenticidad del *Organon* en sus diversas partes;

2º Que se diera á conocer dicha obra, manifestando su contenido, su carácter y su fin;

3º Que se refiriese su historia y se indicase la influencia que ejerció en los principales sistemas de lógica de la antigüedad, de la edad média y de los tiempos modernos;

4º Y en fin, que se manifestase cuál es su valor intrínseco, y qué ventajas podría sacar de ella la lógica de nuestros días.

El título de *Organon* fué aplicado á aquella obra por los peripatéticos, cuando por oposición á los estóicos consideraron la lógica no como parte (*μέρος*) de la filosofía, sino como instrumento (*ὄργανον*). Mejor hubiera sido haberla llamado la ciencia del instrumento ó de la facultad, la cual, como dice Aristóteles, sirve al alma como la mano al cuerpo. La autenticidad de los seis tratados que componen el *Organon* (*Hermeneia*, ó del Lenguaje, las Categorías, los primeros y segundos Analíticos ó